

DOMINGO XXI DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 66, 18-21): *Yo vendré para reunir a las naciones.*

Salmo (116, 1-2): *«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio».*

2ª lectura (Hebreos 12, 5-7.11-13): *¿Qué padre no corrige a sus hijos?*

Evangelio (Lucas 13, 22-30): *Entrad por la puerta estrecha.*

El hombre que no ha sido libre para nacer, ni para escoger sus padres, sexo, patria o color de piel... Sin embargo, es libre para elegir y decidir sobre su destino. El destino no es consecuencia de ser blanco o negro, hombre o mujer, sino obra del amor que elige libremente a Dios y lo acepta en su vida en la forma y grado en que Dios se le haya revelado.

Hay una revelación imperfecta en la que Dios habla por la Creación y por la interior voz de la conciencia. Hay otra revelación plena en Jesucristo, revelador del Padre. Los que siguen la interior voz de la conciencia, aceptan a Dios en la forma en que Él se ha revelado. Se llaman cristianos anónimos, interpretativos, de deseo, paganos de buena voluntad. Están en el buen camino. Pero la pertenencia a Cristo nominal y sin obras no basta. La revelación plena es Jesucristo, camino, verdad y puerta.

Cuando hablamos o nos referimos a Dios, sucede algo curioso: cada uno habla desde sus “ideas”, desde sus “imágenes”, desde lo que “ha aprendido”. Pocos lo hacen desde su “experiencia vital”, que sin embargo, es lo más importante. Unos lo niegan, otros lo rechazan, otros lo comunican. En el fondo, todos tenemos una idea o imagen de Dios que damos por válida. En ella incluimos si es duro o tierno; si es justo o inmisericorde; si es hurafío o generoso. Cuesta mucho cambiar nuestra idea de Dios. Hay que “convertirse” a Dios.

Sin embargo Dios no es “de juguete”. No es un ídolo que se saca de un cajón y se pone encima de la cómoda. No es un “objeto” de quita y pon. Dios es Dios y no se deja ni delimitar ni cosificar. Por eso, lo más importante, y a la vez lo que más cuesta, es dejar que Dios se nos revele como es por ejemplo “misericordioso”, sin que nosotros le digamos cómo nos gustaría que fuera o sin imponer a los demás nuestra imagen de Dios.

El Dios que se nos revela en la Biblia nos enseña a pasar de lo particular, de lo reducido y ridículo, a lo universal, lo amplio y generoso. Dios no es para unos pocos, para una selección de “puros”, sino para la humanidad que él mismo ha creado y ha llamado a la vida. Dios es “de todos y para todos”. Los “particularismos” son de los hombres, no de Dios.

El ser humano, por el contrario, tiende al grupo pequeño, a lo particular, a lo reducido. Le gusta saber dónde está, con quién está y cuáles son sus compañeros de camino. Necesita “seguridades”, también en la fe. Cae con frecuencia en la trampa de que “estos son de los nuestros” y estos “no son de los nuestros”. Sin querer rechaza a otros. Se siente más seguro cuando se identifica o se siente parte de un grupo; por el contrario, se siente inseguro cuando Dios abre las puertas.

Jesús nos advierte de estas “falsas seguridades” propias de los que tienen la fe como algo conseguido, como algo particular que se posee en propiedad. Nos dice severamente: «no os conozco». La fe es un don que no es propiedad particular de nadie, de uso exclusivo para unos pocos, ni que se “puede comprar” como una mercancía. Es un don que está vivo, que se actualiza en cada momento. Es un don de Dios para la humanidad, no para unos pocos. La fe cristiana no se cierra, sino que se abre. No reduce, sino que se amplía, porque Dios es para todos.

En esta sociedad moderna, que nos ha tocado vivir, ya no van todos por el mismo camino, ancho o estrecho. En la sociedad moderna multicultural, pluralista y permisiva, hay muchos caminos que no parecen llevar directamente a Dios.

Jesús previene en la conclusión de la parábola contra el peligro de las puertas anchas que no llevan a la vida. «Esforzaos...». No os dejéis empujar por la puerta amplia porque es falsa; distinguid la voz de Cristo, que os llama, de las voces de las mayorías que van por caminos anchos.

Entre Dios y cada hombre hay un punto aislado y silencioso donde el individuo se encuentra frente a frente con su Creador. Es en ese lugar de silencio donde la libertad decide sobre el camino por donde hay que ir y sobre la puerta por la que es necesario entrar, sin dejarse influenciar por las voces aberrantes de la mayoría permisiva. La voz de la mayoría humana es siempre minoría comparada con la voz de Dios.

El discípulo de Jesús no es alguien que combate por lo particular, por lo exclusivista, por lo cerrado, por lo conseguido, por lo diferencial, sino que bien fundamentado en su fe, se abre a la humanidad, espejo del corazón donde Dios se mira. Dios siempre es mayor que nuestras miradas y que nuestras concepciones. Debemos dejar que él mismo dirija nuestro corazón.